



J. BERNARDEZ, LITOG.

LIT. B. J. MARTÍ, MÉXICO.

EL ILL^{MO} SR DN. FRAY GARCÍA DE S^{TA} MARÍA Y MENDOZA NATURAL DE ALCALÁ de Enares de orden de S. Gerónimo. fué General Prior del Elcurial y testamentario del Sr. D. Felipe segundo. Presentado al Arzobispado de México. Año de 1600 aceptó por Obediencia Compelido. Contagrole el Eminentísimo Sr. Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Rozas; fué muy religioso y limosnero murió con fama de Baron Apóstolico sabio, y tanto por Octubre de 1606; fué sepultado en esta Santa Yglesia.

(Tomado de la galeria que existe en la Catedral de México.)

V

EL ILLMO. SR. D. FR. GARCÍA DE SANTA MARÍA MENDOZA.

1601—1606

QUINCE años habian trascurrido desde la partida para España del inolvidable Sr. Moya de Contreras, cuando llegó á México su verdadero sucesor en el arzobispado, pues como acabamos de ver, el Sr. Bonilla falleció antes de poder ocupar el puesto para que habia sido designado.

No sabemos á qué atribuir la dilacion sufrida en el nombramiento de los prelados de nuestra Iglesia, siendo así que los monarcas españoles acudian solícitos á las necesidades de ella. Como quiera que sea, es indudable que durante ese periodo nacieron nuevas dificultades sobre las que ya existian y hacian de suyo espinosa la gobernacion espiritual de un pueblo que puede decirse que se hallaba en su infancia.

Al llegar á este punto de nuestro trabajo, tropezamos con la escasez de noticias que ya en otro lugar hemos lamentado. Es, en verdad, extraño que existiendo como existen datos acerca de la mayor parte de los sucesos posteriores á la conquista, sea tan difícil encontrar los que á la historia de los prelados de nuestra Iglesia se refieren; pero principalmente acerca del que es objeto de la presente biografia.

Torquemada mismo, llamado justamente padre de la historia de México; Torquemada que vivió en la época en que gobernó el Sr. de SANTA MARÍA MENDOZA; que escribió en esa misma época y que alude á la muerte de aquel prelado, acaecida antes de que él terminara su célebre obra intitulada *Monarquía indiana*, no habla del quinto arzobispo sino dos veces, y esto para decir que mandó destruir ciertos recuerdos que de los tiempos idolátricos se conservaban, como veremos en su lugar. Así, tendremos hoy que conformarnos con seguir á Gil Gonzalez Dávila, único autor que cuidó recoger las mas indispensables noticias para dar una idea siquiera aproximada de los primeros jefes de nuestra Iglesia.

El Illmo. Sr. D. Fr. GARCÍA DE SANTA MARÍA MENDOZA, nació en la villa de Alcalá de Henares, y fueron sus padres D. Lope de Mendoza y Doña Beatriz de Zúñiga. No consignamos la fecha, porque ninguno de sus biógrafos cuidó recogerla.

Habiendo adoptado la carrera de la Iglesia, tomó el hábito de los religiosos de San Ge-

rónimo en el convento real de San Bartolomé de Lupiana, el día 16 de Abril de 1658, de manos del R. P. Fr. Francisco de Pozuelo, general de aquel instituto.

Fué alumno y lector en el colegio de San Antonio de Porta Cœli de la ciudad de Si-güenza, y tales fueron sus méritos, que tres veces le eligieron prior del convento de San Miguel del Monte, una del de San Isidro del Campo, de Sevilla, visitador de los conventos de su religion en Andalucía, y por último fué electo general de su Orden el martes 7 de Mayo de 1591.

Acrecentóse con el desempeño de aquellos cargos la reputacion del Sr. GARCÍA DE SANTA MARÍA MENDOZA, y acabado que fué el tiempo para que fuera electo general, el rey Felipe II le nombró prior del convento de San Lorenzo el Real del Escorial, en el que permaneció seis años.

Para cualquiera que hubiese tenido ocasion de leer lo que aquel célebre monasterio significaba en tiempo de Felipe II, será fácil graduar el alto concepto en que el monarca español tenia al respetable religioso de quien nos ocupamos, cuando le colocó en el priorato.

Llenando sus funciones estaba, cuando el mismo Felipe II donó dicho convento á la Orden de San Gerónimo, dotándolo de una manera espléndida. El prior fué testigo de aquella donacion, y tal vez no estemos en un error al suponer que fué él quien indujo al soberano á hacerla; pues nada hay tan probable como que aquel religioso procurase dar lustre y esplendor al Orden á que pertenecía.

Que Felipe II hacia de él grandísimo aprecio, bien comprobado está con el solo hecho de haberle nombrado albacea, al dictar sus disposiciones testamentarias.

Elevado al trono Felipe III, continuó el prior del Escorial gozando los favores de la corona, y el día 6 de Diciembre del año de 1600 fué presentado para arzobispo de México.

Durante algunos meses se resistió á aceptar aquella elevada dignidad, que poco se avenia á la modestia que le caracterizaba y á su amor al retiro. Fué necesario que se le impusiese por sus superiores, y que se hiciesen grandes esfuerzos para lograrlo.¹

Una vez resuelto, consagróse en la capilla mayor del Escorial el Eminentísimo Sr. D. Bernardo de Rojas, arzobispo de Toledo, el día 15 de Agosto de 1601. Partió en seguida al convento de San Bartolomé de Lupiana, en donde habia tomado el hábito de San Gerónimo, y allí celebró las primeras órdenes, poniéndose en camino despues, para su archidiócesis.

Apenas llegó á México comenzó la visita por sus ministros. La falta de prelado en tantos años como hacia que la gobernacion de la Iglesia se hallaba en manos de personas que aunque revestidas de autoridad no tenían, sin embargo, el carácter y la representacion de aquel, habia ocasionado no pocos perjuicios y habia aumentado las dificultades que envuelve siempre un puesto de tan elevada gerarquía.

Recordará el lector que en los tres concilios provinciales de que hemos hablado ya, se prohibió solemnemente á los ministros del altar toda clase de negocios de comercio, usura, arriendos y fianzas. Pues bien, aprovechando la ausencia del pastor, se habian entregado al comercio, impulsados por el deseo del lucro que proporcionaban los objetos que de Filipinas y de China llegaban en las naos.²

El nuevo arzobispo, apenas se cercioró de aquellos abusos, se consagró á extirparlos en cumplimiento de su deber, naciendo de aquí innumerables disgustos y pleitos promovidos, como dice el historiador citado, *por los que no querian ser sanos*.

Prudente y sabio el Illmo. Sr. GARCÍA DE SANTA MARÍA MENDOZA, no intentó por medios violentos, sino con paciencia y caridad, el fin que se habia propuesto alcanzar y que en efecto alcanzó. Si se considera la dominante influencia que en el hombre ha ejercido siempre la ambicion de la riqueza; si se reflexiona en que esa pasion, tal vez mas que nin-

¹ "Pasóse mucho tiempo en que quisiese aceptar, y vino en ello á pura fuerza de brazos, y como compelido por justicia, con mandato de todos sus superiores," Gil Gonzalez Dávila, *Teatro eclesiástico*, pág. 42.

² *Ibid.*, op. cit.

guna otra, se arraiga profundamente en el corazon; y si al mismo tiempo y trasladándose á la época á que nos referimos y teniendo en cuenta las especiales circunstancias del carácter y costumbres de los que al Nuevo Mundo venian, se estudia el punto de que hablamos, se desprenderá de la manera mas lógica y natural, la superioridad del Prelado que logró reducir á las prácticas de una virtud austera á aquellos sacerdotes que se habian acostumbrado ya á la agitada vida de los negocios mercantiles, y que volvieron al modesto y tranquilo ejercicio de su santo ministerio y á la imitacion de los primeros apóstoles del cristianismo en México; de aquellos varones para quienes los bienes de la tierra nada valian ni significaban, si no conducian á las regiones celestiales.

Ardua debió ser la empresa acometida por el Sr. de SANTA MARÍA MENDOZA, y es verdaderamente lamentable para nosotros no contar con mayores datos para poder aducir aquí, como un testimonio de la verdad de lo que llevamos dicho, algunos detalles que realzarian sin duda el mérito del antiguo prior del Escorial.

Celoso de la inmunidad de su carácter de jefe de la Iglesia mexicana, tuvo el arzobispo algunas diferencias con el décimo virey D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montecarlos, y con el tribunal de la Inquisicion.¹ Cuáles hubiesen sido estas y cómo se resolvieron, es cosa que no sabemos, pues ni el historiador y biógrafo citado, ni los que de la misma época se han ocupado, tuvieron á bien detenerse á dar noticia de ellas, y se limitaron á indicar únicamente que hubo tales diferencias entre el arzobispo y el virey. No serian de suma importancia, ni envolverian resultados trascendentales, cuando tan escasas noticias parecieron bastantes á nuestros antiguos cronistas.

Acercá del género de vida que tuvo en los cinco años que gobernó su Iglesia el Illmo. Sr. de SANTA MARÍA MENDOZA, dice Gil Gonzalez Dávila: "El estilo de su casa en la vida comun y particular de su persona, era como de fraile gerónimo, y en la composicion de su casa y multitud de limosnas, tuvo mucho que ver con el primer arzobispo; y en el amor con que trataba á los indios fué igual con los primeros padres y varones apostólicos que pasaron á aquel mundo."²

El lector, que conoce ya la historia de los misioneros y la vida del Sr. Zumárraga, dará á las breves palabras que acabamos de citar, toda la significacion que en sí tienen. Ellas solas hacen un elogio cumplido del quinto arzobispo de México, y llenan el vacio que se nota en la historia patria, cuando, como ahora, se intenta dar cabal idea de un personaje distinguido.

Cuando el Sr. de SANTA MARÍA MENDOZA llegó á México, existian en algunas esquinas de la ciudad y sobre varias de las casas principales ciertas piedras esculturales de los indios, que se habian librado hasta entónces de la destruccion decretada contra todo aquello que pudiese recordar á los naturales su antigua religion ó sus antiguos reyes. El arzobispo, atento únicamente á las prescripciones de los concilios provinciales celebrados por sus antecesores, mandó *picar y desfigurar* aquellas piedras, á pesar de que, segun Torquemada, era ya tan tarde esta diligencia que los indios que entónces vivian no solo no las estimaban, pero ni aun advertian si estaban allí, ó de qué hubiesen servido.³ Citamos este hecho no para acriminar al prelado que lo ejecutó, sino para que aquellos que con vehemencia acusan al Sr. Zumárraga por la destruccion de los ídolos aztecas, vean cómo un sacerdote que en la corte española habia obtenido grandes distinciones por su saber y por su virtud, se condujo en México, y esto cerca de un siglo despues de consumada la conquista, de la misma manera que el primer arzobispo en los años en que todavia se estaban dando los primeros pasos para el establecimiento del cristianismo en sustitucion de la abominable idolatría de los mexicanos.

En el año anterior al en que ocurrió el fallecimiento del Illmo. Sr. de SANTA MARÍA

¹ *Ibid.* *ibid.*

² *Ibid.* *ibid.*

³ Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. XVII, cap. 1º

MENDOZA, es decir, en 1605, se fundó en las cercanías de México el célebre santuario del *Desierto de Carmelitas descalzos*. Puso la primera piedra de aquel edificio D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, décimo virey, el 22 de Enero del año siguiente al de la fundación.

Melchor de Cuellar, que fúe el mayor entre los bienhechores de aquel instituto, ofreció y dió para el mismo lo mas lucido de su hacienda que era numerosa.¹

En el mes de Octubre del propio año (1606) y despues de haber gobernado su Iglesia con grande sabiduria y virtud, falleció el Sr. de SANTA MARÍA MENDOZA. Luego que la triste nueva llegó á España, los hermanos gerónimos del convento de Lupiana, con gran solemnidad celebraron los oficios fúnebres del que tanto lustre habia dado á su Orden.

Muy breve es por cierto la biografía que acabamos de trazar; pero forzosamente tenia que serlo, atendida la falta de noticias acerca del periodo que ella abraza. Nosotros, si quisiéramos seguir el ejemplo de algunos escritores, nos divagaríamos en largas consideraciones y dejaríamos correr la pluma, para llenar páginas enteras; mas no lo haremos. Aseveracion que no pueda ser comprobada con el testimonio de respetable autoridad histórica; elogio que no nazca natural y espontáneamente del mismo relato, no tendrán cabida en esta obra, que debe ser el fruto de una investigacion constante y no una relacion legendaria ó romanesca.

1 Gil Gonzalez Dávila, op. cit. pág. 43.